



TEMPLO HERMANA TERESA
CRISTIANO

PAZ PARA LAS ALMAS ENFERMAS
PARA LAS ALMAS QUE SUFREN

“El alma”

09/03/2024

“El alma”

Hermanos y hermanas

En este día de Ceremonia y encuentro, nos complace dirigirnos a ustedes para explorar un tema que trasciende los límites de la mente y se sumerge en la esencia misma de nuestra existencia: el alma.

Carlos hace un tiempo nos ha compartido esta frase que tomamos como punto de partida para esta reflexión. La frase dice:

El alma tiene oídos y escucha cosas que la mente no comprende.

El alma lo sabe todo, solo deja que se exprese.

¿Qué es el alma, sino el vínculo intangible que nos conecta con nosotros mismos y con Dios?

Decimos que el alma está unido a nuestra mente por un hilo indivisible que no se ve, porque ningún aparato de la ciencia lo ha podido detectar, que hace que la mente tenga oídos, que no siempre escucha. Cuando ambos se sintonizan, encontramos una verdad profunda. El alma escucha cosas que la mente no siempre alcanza a comprender. Esa es la naturaleza del alma: un vasto océano de sabiduría que fluye en lo más profundo de

nuestro ser y este fenómeno sucede por las reencarnaciones que atravesó cada alma.

Imaginen por un momento la vastedad de este concepto. Imaginen un océano de conocimiento infinito, donde cada onda es una historia, cada corriente es una lección, y cada remanso es una revelación. Esa es la naturaleza del alma: un vasto océano de sabiduría que fluye en lo más profundo de nuestro ser.

Y lo sorprendente es que el alma lo sabe todo. Desde los albores del tiempo, desde el momento mismo en que fuimos creados por Dios, el alma ha sido testigo de todo, ha absorbido cada experiencia, cada emoción, cada pensamiento. Y aunque la mente pueda titubear, aunque la razón pueda dudar, el alma permanece firme en su conocimiento, en su comprensión innata de la verdad.

Entonces, ¿por qué a veces nos sentimos perdidos, confundidos, como náufragos en un mar de incertidumbre? La respuesta yace en nuestra incapacidad para sintonizar con el alma, para escuchar su voz silenciosa pero poderosa. La mente, con todas sus argucias y cavilaciones, puede distraernos, puede desviarnos del camino de la verdad con sus dudas y temores.

Pero aquí está la clave: debemos aprender a silenciar la mente, a aquietar sus murmullos persistentes y abrir nuestros corazones

al susurro del alma. Porque solo cuando nos permitimos ese espacio de serenidad, solo cuando nos sumergimos en el silencio interior, podemos empezar a percibir la melodía eterna que emana de nuestro ser más profundo.

Hay una historia que vamos a compartirles que ilumina lo que hoy estamos reflexionando.

Había una vez un anciano sabio que vivía en lo alto de una montaña, apartado del bullicio del mundo. Muchos buscadores de sabiduría acudían a él en busca de respuestas a las preguntas más profundas de la vida. Un día, un joven peregrino llegó hasta la cima de la montaña, con el corazón lleno de dudas y la mente atormentada por la confusión.

El anciano, con ojos serenos y una sonrisa comprensiva, recibió al joven viajero y lo invitó a sentarse a su lado. "¿Qué te aflige, hijo mío?", preguntó el anciano con suavidad.

El joven suspiró y compartió sus inquietudes, expresando su frustración por no encontrar respuestas claras a sus preguntas más profundas. "He buscado en libros y en la sabiduría de los sabios, pero aún así me siento perdido, como si estuviera en la oscuridad sin una luz que me guíe", confesó.

El anciano asintió con comprensión. "Comprendo tu dilema, pero permíteme decirte algo: las respuestas que buscas no se

encuentran en el ruido del mundo, ni en las palabras de los sabios, sino en el silencio de tu propio ser".

Intrigado, el joven escuchó atentamente mientras el anciano le contaba una historia:

"Una vez, en un reino lejano, había un árbol anciano que se erguía majestuoso en medio de un frondoso bosque. Este árbol, conocido como el Árbol de la Sabiduría, tenía raíces que se hundían profundamente en la tierra y ramas que se extendían hacia el cielo.

Muchos buscadores de conocimiento acudían al Árbol de la Sabiduría en busca de respuestas a sus preguntas más urgentes. Pero para su sorpresa, el árbol no hablaba en palabras audibles, ni ofrecía respuestas directas a sus preguntas.

En cambio, los buscadores que se sentaban en silencio bajo la sombra del árbol comenzaban a experimentar una sensación de paz y claridad. En el susurro del viento entre las hojas y en el canto de los pájaros que se posaban en sus ramas, encontraban un eco de las respuestas que tanto anhelaban.

Un día, un joven buscador llegó al Árbol de la Sabiduría en busca de respuestas sobre el propósito de su vida. Durante días, se sentó en silencio bajo el árbol, abriendo su corazón al susurro del viento y permitiendo que su mente se aquietara.

Finalmente, en el silencio de su propio ser, el joven buscador comenzó a comprender la verdad que siempre había estado dentro de él. Descubrió que el propósito de su vida no estaba en las metas externas que perseguía, sino en el viaje interior hacia el autoconocimiento y la conexión con su verdadero ser".

Al terminar la historia, el anciano miró al joven con serenidad. "Así como el joven buscador encontró la verdad en el silencio del bosque, tú también puedes encontrar las respuestas que buscas en el silencio de tu propio ser. Escucha el susurro de tu alma, y encontrarás la sabiduría que tanto anhelas".

El joven, inspirado por las palabras del anciano y por la historia del Árbol de la Sabiduría, se retiró de la montaña con un nuevo sentido de propósito y determinación. Y a medida que caminaba por el sendero de regreso al valle, llevaba consigo la certeza de que las respuestas que buscaba estaban dentro de él, esperando ser descubiertas en el silencio de su propio ser.

Hermanos y hermanas nuestra Guía la Hermana Teresa nos insta a cultivar ese silencio interior, a nutrir esa conexión con nuestra alma. Ella nos dice que tomemos un momento cada día para sumergirnos en ese océano de sabiduría que yace en nuestro interior. También nos indica que nos permitamos escuchar las palabras no dichas, sentir las verdades no

pronunciadas, y abrazar el conocimiento que siempre ha estado allí, esperando ser descubierto.

La Hermana Teresa nos pide que recordemos siempre que el alma tiene oídos y escucha cosas que la mente no comprende. Y cuando aprendemos a escucharla, cuando nos permitimos ser guiados por su sabiduría eterna, encontramos la paz, la claridad y la plenitud que tanto anhelamos.

Para concluir, recordemos siempre que el mejor alimento para nuestra alma es la oración, y pidámosle a Dios para que cada uno de nosotros, en este viaje de autodescubrimiento y crecimiento espiritual, encontremos la valentía para abrirnos a la voz de nuestra alma, para dejar que sus enseñanzas iluminen nuestro camino y nos guíen hacia la realización más profunda de nuestro ser.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.